

“Los hombros de la ciudad”, por Richard Wisewell

Un día cualquiera.

A las 05:15 sale y la ciudad todavía duerme.

Él ya no.

Se levanta despacio para no hacer ruido. En la cocina prepara una taza de café que humea mientras la madrugada entra por la ventana.

Sale de casa y el aire frío le despeja la cabeza.

Con los años ha aprendido algo: llegar al trabajo sin prisas también es una forma de prevención. Las calles están en silencio, ventanas apagadas y semáforos cambiando de color para casi nadie.

Trabaja como conductor de camión de reciclaje industrial y comercial. Muchos creen que es un trabajo simple: conducir, parar, recoger y seguir. Pero la jornada empieza antes de arrancar. Antes de subir a la cabina revisa el camión con cuidado: luces, niveles y frenos.

Un vehículo de muchas toneladas no admite descuidos.

—Buenos días— con una sonrisa, saluda al entrar.

Alrededor ve lo mismo cada mañana: espaldas encorvadas, miradas cansadas y silencios largos. Cada uno sube a su camión, como marineros que salen a navegar. Solo que el asfalto es su mar.

Enciende el motor y lo deja calentar unos minutos. El frío castiga las piezas si se les exige demasiado pronto. Mientras el camión se prepara para trabajar, él no calienta su cuerpo: ni estira los hombros ni gira el cuello para despertar las lumbares.

Solo café y la voluntad de cumplir.

Se acomoda en el asiento. Al abrocharse el cinturón mueve la espalda buscando una postura que no duela demasiado. Los hombros protestan; los manguitos rotadores llevan tiempo recordándole que el cuerpo también tiene límites.

Arranca.

La jornada empieza kilómetro a kilómetro, empresa tras empresa, contenedor tras contenedor. Frenar, avanzar, maniobrar y repetir. El sonido del sistema hidráulico se repite decenas de veces: un golpe metálico, un silbido de presión, el contenedor elevándose y cayendo otra vez al suelo.

Las horas pasan con la mirada fija en lo que ocurre alrededor. Porque conducir no es solo conducir: es anticiparse y pensar por los demás.

El camión guarda su distancia de seguridad, pero siempre hay alguien que se mete justo en medio, como si frenar varias toneladas fuera igual que detener un coche pequeño.

Cuando llueve todo se vuelve más difícil. El asfalto se vuelve liso y el camión tarda más en detenerse.

Una vez entró en el patio de un cliente y el suelo mojado estaba resbaladizo como hielo. El camión patinó unos metros que parecieron muy pocos.

La pared estaba cerca.

Demasiado cerca.

Aquel día comprendió que, a veces, la seguridad depende de unos pocos centímetros.

Con el tiempo el cansancio también trae otras cosas. Una tarde, cerca de las cuatro, sintió cómo los ojos se cerraban un instante. Un segundo. Un microsueño. El camión se desvió ligeramente antes de volver a la carretera.

Ese día entendió algo que ya no olvidaría: el cansancio también conduce.

Las jornadas se alargan. Doce horas. Catorce. A veces hasta dieciséis horas de trabajo. Horas sentado, tensando el volante, cargando responsabilidad.

Por la noche vuelve a casa y la encuentra en silencio.

El trabajo no solo se lleva la energía.

También se lleva el tiempo.

Con los años ha aprendido algo: la fortaleza no consiste en ignorar el cansancio, sino en seguir adelante a pesar de él.

Pero también ha aprendido otra cosa.

La prevención laboral no es un papel firmado ni un cartel en la pared.

Es el límite entre el trabajo digno y el desgaste silencioso.

Las toneladas de residuos tienen peso.

Pero no es el mayor peso que se transporta cada día.

El mayor peso es el que se llevan los trabajadores y trabajadoras en los hombros al terminar su jornada.

Mañana volverá a sonar el despertador.

Y a las 05:15, cuando la ciudad todavía duerme...

alguien volverá a levantarse para sostenerla sobre sus hombros.